Epoca IV — Barcelona 27 de enero de 1915 — Número 245

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos | Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.°, 1.ª

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas
Suscripción: España un trimestre . 1'00 »
» Extranjero » . 1'50 »

A trabajar hasta restablecer la paz

Seis meses de horrible matanza y exterminio es lo bastante para que los amantes de la paz nos opongamos a que tal estado de cosas continúe.

El porvenir de la humanidad no pertenece, no debe pertenecer a los privilegiados de la fortuna ni a los que están al frente de los destinos de las naciones.

Seis meses de destrucción, seis meses de barbarie en pleno siglo XX y en las naciones llamadas emporio de la civilización, es lo suficiente para que todos los medios sean empleados hasta conseguir que la paz impere en los pueblos.

Porque es mentira que en España, en Italia ni en Portugal haya movimiento de opinión en favor de intervenir en el conflicto en pro de determinado bando.

Sabemos que en Portugal se han celebrado imponentes manifestaciones en contra del acuerdo del Gobierno de ayudar a Inglaterra, y que éste, a pesar de todos sus esfuerzos apenas si ha podido enviar 4.000 hombres para reforzar las guarniciones de sus posesiones de Angola; en estas columnas se ha publicado una carta del querido compañero Malatesta, y otra de varios camaradas italianos, diciendo que el manifiesto que allí se publicó en sentido bélico, era obra de unos revolucionarios de doublé, y todos saben que en España no ha habido más manifestación guerrera que unos pinitos que hizo el conde de Romanones y unas declaraciones *verbales* de un diputado que se titula republicano.

Y nada más.

Los pocos que en los países que permanecen neutrales han manifestado simpatías por alguna de las partes beligerantes, se han apoyado en razones tan débiles que no resisten al más pequeño comentario: que si Alemania ha sido la agresora; que si Francia es el país que tuvo su 93; que Alemania es el país de los grandes filósofos, y que Francia es el país de la libertad, ¿y qué más?

Alemania con sus filósofos y Francia con su 93, son igualmente culpables de la hecatombe que ambas hace años venían preparando, pues si en Francia, como consecuencia de una gran revolución, fueron proclamados los Derechos del Hombre, estos hace años que fueron lanzados al rincón de los cachivaches y no se respetaban más derechos que los de los privilegiados, lanzando la fuerza pública contra los trabajadores que reclamaban su derecho a la vida. Alemania, a pesar de su progreso, de su cultura y de los grandes filósofos como Kant, Göethe y otros que florecieron en el siglo XIX, hoy no conocía más filosofía que la de los Krup y Zepelin.

Y no pasa de ser una monserga lo de que tal o cual nación es responsable de la guerra, pues la actual generación francesa ha sido educada en el odio a Alemania, al igual que la actual generación alemana lo ha sido en el odio a Francia.

Para nosotros son igualmente dos países bárbaros, que si durante un tiempo se han considerado civilizados, era porque ostentaban un barniz de civilización, barniz que se les ha caído al dar rienda suelta al odio.

También alegan el temor a la influencia que adquiriría el despótico militarismo alemán, cuyo temor consideramos lógico; pero ¿acaso no es de temer tanto o más el militarismo reaccionario francés, personificado en el generalísimo Joffre, que ya se ha rodeado de los generales que gobiernos anticlericales habían retirado?

Las simpatías de los anarquistas no deben estar en estos solemnes momentos al lado de los guerreros, sino al lado de los amantes de la paz, que, afortunadamente, no son pocos, y algunos, bastantes y de significada personalidad, en los países combatientes.

Los compañeros holandeses comenzaron magníficamente la campaña en pro de la paz, celebrando un importante mitin, cuyas conclusiones han sido publicadas en Tierra y Libertad. En el número anterior, el prestigioso compañero Sebastián Faure publica un vibrante manifiesto excitando a los socialistas, sindicalistas y anarquistas a que sin pérdida de tiempo se hagan trabajos para *imponer* la paz; Liebknecht y los pocos socialistas alemanes que permanecieron fieles a los ideales de paz que deben ser la base de todo partido avanzado, son una poderosa ayuda para la acción que en favor de la paz ha de realizarse; en Londres se está haciendo un manifiesto en francés, alemán, español, inglés e italiano, y en España el ambiente es completamente antiguerrero.

Ante lo expuesto, es preciso que todos los elementos de ideas nobles y altruistas que no han claudicado ni se han debilitado por la fuerza de los acontecimientos se propongan y se decidan a que el derecho a la vida de todos los humanos no sea detentado por nada ni por nadie, laborando a la vez que por que la guerra termine prontamente por inutilizar las instituciones que la hacen factible.

Esperamos el manifiesto de Londres para ver si en él se señala algún rumbo fijo a seguir; pero si no lo señalara seamos los socialistas, los sindicalistas, los revolucionarios y los anarquistas de la región española quienes recogiendo la excitación del camarada Faure, recabemos la gloria de concretar todas las iniciativas y dar principio a la campaña más noble y más humana que en los actuales momentos puede realizarse.

¿En que forma puede hacerse?

Nada queremos iniciar en estos momentos, ni pretendemos erigirnos en directores de los trabajos. La grandeza de la labor a realizar no permite pararse en triquiñuelas. Lanzada la idea esperamos conocer la opinión de los que han de realizarla, que creemos emitirán por medio de su prensa, y entonces será el momento para obrar.

Es necesario—como dice el manifiesto que antes nos referimos—que en el seno de cada nación los partidarios de la paz se afirmen, se agrupen preconizando la santa cruzada, y se multipliquen hasta que hayan conseguido crear una corriente de opinión contra la guerra. Y esto nadie mejor para hacerlo que nosotros, que en medio de la multitud encarnamos los elementos viriles, conscientes y coordinados.

Todo, menos permanecer inactivos ante el crimen de lesa humanidad que en estos momentos se está realizando. Que no pueda interpretarse como complicidad la pasividad en la acción de los que siempre hemos defendido ideales de paz y de justicia, y como demostración de que esta inactividad ha terminado hagamos nuestras, de todos los que odiamos la guerra, las siguientes palabras del ya citado Sebastián Faure:

Si no estuvo en nuestras manos evitar la calamidad —y esto será la vergüenza de nuestra generación—, que podamos por lo menos detener lo antes posible sus consecuencias desastrosas, y con ello nos rehabilitaremos.

Lo digo una vez más: este es nuestro deber imperioso, indiscutible y sagrado.

Lágrimas y sangre

La guerra sigue su curso segando diariamente en flor la vida de millares de jóvenes existencias.

Europa entera se contuerce en un espasmo de angustia.

El asesinato, el incendio, la destrucción perpetrados a cada paso sin distinción por los ejércitos en lucha, encuentran apologistas, más o menos encubiertos, entre aquellos a quienes el último vestigio de dignidad debiera aconsejar por lo menos el silencio.

El deber más elemental de un anarquista que pueda, quiera y sepa ponerse a la altura de las circunstancias y de las ideas, es presentar la guerra al desnudo ante los ojos del pueblo, es poner al descubierto todos los horrores, todas las monstruosidades que en ella se cometen.

Hay quien lo cumple con admirable valentía, con valor poco común, que debiera servir de ejemplo a los pusilánimes, a los cobardes, a los obcecados que tratan con sus cantos —remedo grosero y vergonzoso de nuestros *intelectuales*—, de hacer simpática y atrayente la horripilante carnicería que hace trepidar la consciencia universal.

No tenemos patria. Somos cosmopolitas. Lo hemos dicho millones de veces en tiempo de paz. ¿Qué fenómeno se ha producido capaz de trastornar nuestras concepciones para que no lo repitamos en tiempo de guerra?

¿Que con el triunfo de Alemania naufragarían todas las libertades y todos los derechos que gozamos? ¿Qué libertades son esas? ¿Dónde están? ¿En qué país se gozan?

Todos los esfuerzos de las naciones beligerantes consistieron siempre en hacerle creer al pueblo que en su bandera está escrito un ideal de Justicia, de Derecho, de Libertad.

Pero nosotros sabemos que esto es falso. Nosotros sabemos que la guerra es una operación financiera, un negocio infame, una especulación monstruosa, calculada friamente en los alcázares por los que metalizan de consuno el sudor y la sangre del pueblo.

Nos consta que la causa generadora del actual conflicto es la solidaridad del execrable orden capitalista en su aspecto nacional, dando lugar a determinados antagonismos irreconciliables entre los diversos Estados.

***

Se ha dicho que Inglaterra intervino para imponer respeto al derecho de nacionalidad atropellado por Alemania en la pequeña Bélgica.

Esta generosidad ha seducido incluso a algunos anarquistas.

¿Ignoran acaso que Inglaterra declaró un día la guerra a Francia porque ésta reconoció la independencia de los Estados Unidos cuando no quisieron ser por más tiempo sus tributarios?

¿Ignoran acaso que Inglaterra ha exterminado razas enteras en Australia, en nombre tan solo de sus necesidades de expansión comercial?

¿Ignoran que en las Indias ha pasado a sangre y fuego tribus enteras a fin de asegurarse por todos los medios el completo dominio de aquel rico e inmenso territorio? A quien desconozca u olvide las enseñanzas de la historia, podrá serle simpática Inglaterra. Pero quien les conoce y no las pierde de vista la encuentra repugnante del mismo modo que Alemania.

¿Y Francia? ¿A título de qué habla de Libertad, de Derecho, de Justicia?

Acordáos del empréstito ruso. El mujik veía tambalearse el poder omnímodo de los zares y sonreía. Sonreía porque había soñado en verse libre del infamante látigo que flagela sin piedad sus carnes siempre, al sentir que se debilitaba la mano que le empuña. Mas ¡ay! las ilusiones del mujik se desvanecieron bien pronto. Vino la tercera república a imprimir nuevo vigor a aquella mano y a reanimar el abatido cuerpo del imperialismo moscovita, dándole al sanguinario Romanoff once mil millones que no podían ser jamás restituídos, para que con ellos anegara en sangre las esperanzas y las rebeldías de los esclavos rusos que querían emanciparse de un yugo espantoso, torturador y asesino.

¿Francia la cuna de la civilización? Pensad en lo que decís si realmente os importa no arrostrar un bochornoso ridículo.

Cuanto a Rusia, ni un comentario. El Cáucaso, San Petesburgo, Ekaterinosbaw y Odesa son más elocuentes que cuanto pudiéramos decir nosotros. Hablen las horcas y las deportaciones a Siberia. Hablen los cosacos con sus sangrientas hazañas y las ergástulas imperiales con sus torturas. ¿Y es esa trilogía la encargada de salvaguardar nuestras libertades y nuestros derechos?

¿Son Francia, Rusia e Inglaterra las que nos darán facilidades para realizar el ideal de justicia que acariciamos? ¡Mentira! ¡Mentira!

Tiránicas, brutales y despóticas, ni más menos que Alemania, tratan de robustecer su poderío con las matanzas que ellas mismas preparan a fin de imponer más fácilmente su hegemonía, de sentar sobre bases más sólidas la supremacía que ambicionan.

El Estado, tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra, fué, es y será, mientras exista, la consagración histórica de todas las opresiones, de todos los privilegios, al propio tiempo que la razón política de nuestra esclavitud.

Nosotros sentimos necesidad imperiosa de preparar su derrumbamiento completo, definitivo, por medio de una revolución formidable, violenta, destructora.

Mientras el proletariado no enarbole la roja enseña de sus reivindicaciones declarando guerra sin cuartel a los que le roban el producto de su trabajo, a los que escarnecen su miseria, a los que escupen sin cesar a su rostro famélico, no tomaremos las armas. Aquella será nuestra guerra, porque acabará con todas las vergüenzas y con todas las humillaciones que se nos infligen a cada paso.

A la solidaridad bárbara, feroz, salvaje del capitalismo que genera la guerra, queremos oponer nosotros la solidaridad humana, generosa, racional del proletariado que imponga la paz.

Miente con cínico descaro quien diga que de las ruinas acumuladas, de los horrores cometidos, de los torrentes de sangre derramada, pueda salir